

BIZANCIO EN CHILE

Recordando a Héctor Herrera Cajas (1930-1997)

[Originalmente en: *Un Magisterio Vital: historia, educación y cultura. Homenaje a Héctor Herrera Cajas*, Editorial Universitaria, 2009, Santiago de Chile, pp. 41-48.]

José A. Marín R.

En 1855 se editaba, en París y en Valparaíso simultáneamente, el libro *El Catolicismo en Presencia de sus Disidentes*, en dos tomos, de José Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales, sacerdote chileno. Aquella primera edición —se llegaron a imprimir una veintena en vida del autor— estaba ilustrada por bellas litografías en el frontispicio de cada volumen: una vista de Valparaíso, para el primero, y una vista de la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla para el segundo. La elección se debió sin duda, por una parte, al recuerdo emocionado del puerto que lo vio abandonar Chile en un viaje que se prolongaría por muchos años, y por otra parte, a la profunda impresión que le causó la imponente catedral constantinopolitana. Eyzaguirre habla, en el capítulo primero del tomo segundo, de la “famosa Bizancio con la soberbia majestad de sus palacios, con sus tradiciones que añudan tantos siglos, y con la gloria de mil hazañas a nada comparables sino a las proezas de los héroes de Roma y de la Grecia que heredó ella, reuniendo la historia de estas dos naciones. Esa misma Grecia, fecunda madre de los sabios que legaron en sus códigos modelos de prudencia y de sabiduría a todos los gobiernos civilizados; esa Grecia que dejó al mundo tan bellos ejemplos de virtudes morales que imitar”. Desde el Bósforo, sobre el puente que lleva de Asia a Europa, Monseñor Eyzaguirre contempló la antigua capital del Imperio Bizantino: “Desde el puente divisaba yo un viejo edificio, cuyos minaretes se elevan sobre todos los demás, y a quien sus formas religiosas anuncian desde luego como uno de los templos de Cristo que sobrevivieron al asedio y toma de Constantinopla, para ser transformados en mezquitas de Mahoma. ¡Santa Sofía! ¡El orgullo de la corte imperial de Constantino! Sí, ella era efectivamente; y como un hombre de formas colosales sobresale del resto del ejército, así ella eleva su soberbio cuello, engalanado con tantos recuerdos históricos

en medio de la multitud de mezquitas que la rodean". De tan breve referencia se puede deducir que Eyzaguirre tenía algún conocimiento de la extinta Civilización Bizantina, pero no sabemos ciertamente de dónde pudo obtener información acerca de ella: es muy improbable que en Chile, pero tal vez sí en Roma, entre diciembre de 1852 y abril del año siguiente. Eyzaguirre presenta una visión altamente positiva de Bizancio, distinguiendo su rol civilizador de su triste papel —para el autor— que le cupo en el cisma de la Iglesia. Nuestro autor resalta el hecho de que la ciudad fue fundada por un católico, Constantino —a quien, erróneamente, atribuye la construcción de la actual Santa Sofía—, y se pregunta si acaso ella permanecerá en manos musulmanas o pasará a manos griegas. Al recorrer la vieja ciudad del Bósforo, Eyzaguirre evoca su pasado glorioso al que contrapone su presente pleno de miserias; ello le da pie para contrastar la “piedad eminente de los fundadores de la ciudad” con el “carácter negligente y la pereza” de los musulmanes.

Podríamos decir que el sumario relato de Eyzaguirre constituye el primer examen, más literario que histórico, de la realidad bizantina producto de las reflexiones de un chileno. Habrá que esperar prácticamente una centuria para que podamos hablar de estudios bizantinos en Chile. Casi un siglo después de que Eyzaguirre dejara el puerto de Valparaíso, don Héctor Herrera Cajas llegaba contratado por la Universidad Católica de Valparaíso. Traemos a colación este tema y esta coincidencia que puede parecer antojadiza cuando no forzada, pues fue Eyzaguirre Portales y su obra, precisamente, el objeto de estudio del Dr. Héctor Herrera Cajas en su discurso de incorporación como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia, el año 1989, ocasión en que recordó cómo se estableció entre él y el escritor decimonónico una conexión especial que se explicaba por las litografías ya señaladas que abren cada volumen. Dos amores compartidos: el puerto donde Héctor Herrera desarrolló la mayor parte de su vida académica, y la capital de esa civilización que tan bien conocía, que tan profundamente había estudiado y que tan conmovido contempló en 1995 cuando viajó a las raíces del Imperio Bizantino, gracias a una invitación del Gobierno de Grecia —que ya le había condecorado como Comendador de la Orden del Fénix, reconociendo su amplia trayectoria intelectual difundiendo la cultura griega—. Dos años más tarde, el Dr. Joaquín

Fernandois Huerta, despedía los restos mortales del maestro y, entre otras cosas, se preguntaba: “¿Qué llevó a este hombre nacido en medios agrícolas de la zona central de Chile a transformarse en un intelectual y educador de primera magnitud, a aparecer citado como bizantinista reconocido en 1985 por la principal publicación historiográfica alemana?” Responder a dicha pregunta nos aclarará qué sucedió en la historia académica chilena como para que, en el tiempo que media entre Eyzaguirre y Herrera, no sólo haya nacido la bizantinología, sino que haya alcanzado un nivel de reconocimiento internacional en la obra del segundo. Responder a dicha pregunta supone, además, recordar a los mentores y amigos de Héctor Herrera y a una institución que, durante la primera mitad del siglo XX, fue semillero de grandes figuras de la intelectualidad chilena: el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Responder a dicha pregunta, también, implica reconocer que los encuentros que marcaron el derrotero de Héctor Herrera en este mundo no fueron causados por el puro azar. A él le gustaba citar la famosa frase de Ortega y Gasset con un agregado: “Sí —decía— yo soy yo y mis circunstancias, pero también *mis circunstancias creadas por mí*”, queriendo expresar con ello la responsabilidad histórica o, mejor dicho, la historia como *posibilidad*. “La historia nos ayuda a superar [las circunstancias] y enseñorearnos por sobre ellas, al ofrecernos todo el tiempo para que consideremos y pensemos que nuestra respuesta no es solamente para salir del paso; que no ha de ser una respuesta mediocre, porque no es una respuesta tímida la que nos pide la historia (...). Tan sólo cuando el hombre está consciente de la plenitud de su responsabilidad es cuando verdaderamente actúa con libertad. Eso es lo que ofrece la historia a la vida”¹. Ni azar, pues, ni tampoco pura historia, pues esa libertad, por último, para don Héctor Herrera sólo podía adquirir sentido al reconocer la dimensión trascendente de la existencia.

¹ Herrera, H., “Interpretación de la vida desde una perspectiva histórica”, en: *Academia*, 11, 1985, ahora en: Herrera, H., *Dimensiones de la reponsabilidad educacional*, Santiago de Chile, 1988, p. 152.

* * *

En 1947, un año antes de que Héctor Herrera ingresara a la Universidad de Chile, llegaba al país Fotios Malleros Kasimatis, historiador y filólogo formado en la Universidad de Atenas, a quien Juan Gómez Millas, uno de los intelectuales más notables en la Historia de Chile y entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, abrió las puertas de la Universidad de Chile, entonces el centro de estudios superiores más importante y prestigiado del país. Inicialmente Fotios Malleros dictó cursos de lengua, historia y literatura griega antigua, los que fueron recibidos con gran entusiasmo por los alumnos. El trabajo del profesor Malleros se inscribía en una larga tradición de estudios clásicos que se remonta en Chile hasta la época de la Colonia. Sin embargo, poco o nada se conocía en el país de la milenaria historia de Bizancio, aparte de algunos datos dispersos sobre la obra legislativa de Justiniano y del conocido prejuicio de los mil años de decadencia del Imperio Romano, heredado de la historiografía del siglo XVIII. El Sr. Malleros dedicaría el resto de su vida a difundir el conocimiento de aquella importante etapa de la Historia Universal a través de artículos especializados o de divulgación, conferencias e, incluso, programas radiales.

Gracias a sus trabajos se comenzaron a conocer en nuestro país las principales obras de la bizantinología europea y norteamericana, prácticamente desconocidas en el medio intelectual chileno, concitando un vivo interés entre profesores y alumnos por este nuevo campo de estudio. En 1953, en la Universidad Católica de Valparaíso, se ofrecía un curso de extensión con el título de *Bizancio y la Cultura Occidental. A 500 años de la caída de Constantinopla*, y, cinco años después, en la misma universidad, se celebraba la *Primera Semana Bizantina*. Desde entonces las actividades de divulgación así como de investigación no se han detenido en nuestro país.

Sin embargo, ése era sólo el comienzo. Fotios Malleros, infatigable, logró que en la Universidad de Chile se creara, en 1968, el *Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos*, que hoy lleva su nombre, institución única en su tipo en América Latina y que, gracias a un aporte

anual del Gobierno de Grecia, conseguido gracias a los desvelos del fundador, así como también a diversas donaciones particulares —especialmente de griegos avecindados en Chile—, funciona hoy en un edificio propio, cuenta con una biblioteca especializada de varios miles de volúmenes —la mayor parte de ellos en griego—, y ha podido publicar decenas de libros, aparte de su revista, *Byzantion Nea Hellás*.

* * *

Discípulo aventajado de Fotios Malleros fue don Héctor Herrera, quien puede ser considerado el primer bizantinista latinoamericano, con una reconocida trayectoria tanto nacional como internacional. Habiendo realizado sus primeros estudios en la Universidad de Chile, obtuvo su Doctorado en la Universidad de Burdeos después de una larga estadía de investigación en el centro de estudios bizantinos de Dumbarton Oaks, Washington, donde no sólo pudo consultar su rica biblioteca —la mejor del mundo en su especialidad—, sino también entrar en contactos con conspicuos bizantinistas. Si bien los trabajos del Prof. Herrera abordan distintos aspectos de la Historia de Bizancio, concentró su interés especialmente en dos áreas: la Historia de las Relaciones Internacionales y la historia del Arte.

En la primera línea de investigación se inscriben varios de sus trabajos ("Las Relaciones Internacionales del Imperio Bizantino", 1958; "Dagoberto y Heraclio. Un capítulo de Historia Diplomática", 1971; "Bizancio y la formación de Rusia (los tratados bizantino-rusos del siglo X)", 1982). No deja de ser digno de destacar que ya en el primer artículo, comparecen prácticamente todos los problemas que el autor abordará, profundizará, ampliará o revisará en los años siguientes. Dicho de otra manera, ya en 1958 estaban anunciados, y prácticamente enunciados, los temas que don Héctor siguió trabajando por casi cuatro décadas: la ideología imperial y sus fundamentos, tema que el autor abordó con claridad conceptual y profundidad analítica, aproximándose a la mentalidad bizantina a partir de su espíritu imperial y sus expresiones estéticas, fiestas y ritos; las relaciones entre el Imperio y la Iglesia, buscando explicar los encuentros y desencuentros entre Roma y

Constantinopla y que, a la larga, llevaron al desarrollo de dos cristiandades; el arte como expresión sublime de la sociedad bizantina y los símbolos —a veces también con expresión estética— del poder imperial; las relaciones —guerra, comercio, misiones, etc.— del Imperio con sus vecinos, con especial énfasis en la configuración de lo que D. Obolensky llamó el *Commonwealth* bizantino. En efecto, se puede reconocer una especie de curva ascendente, de maduración y especialización, desde la publicación de aquel primer trabajo hasta una investigación tan notable, y de una especificidad que sorprende pero sin dejar de lado las grandes visiones de la Historia, como es su artículo acerca de las coronas, cuya elaboración no podría comprenderse sin otros estudios anteriores, como su tesis doctoral o sus estudios acerca de las estepas como corredor cultural, trabajos todos en los cuales se conjugan armoniosamente la erudición del investigador, la visión del humanista y la intuición del historiador.

Quizá el más importante de sus estudios sea su libro *Las Relaciones Internacionales del Imperio Bizantino durante la Epoca de las Grandes Invasiones* (1972), tesis doctoral presentada y aprobada en la Universidad de Burdeos, única obra escrita en español que fue incorporada en el repertorio crítico bibliográfico de Günter Weiss (*Kritischer Forschungs- und Literatur bericht 1968-1985*, Sonderheft 14 de la *Historische Zeitschrift*, München, 1986), quien señala que se trata de un estudio de carácter definitivo. "Herrera enfoca su objetivo —escribió por su parte en una reseña bibliográfica el historiador Mario Góngora, a quien don Héctor admiraba y apreciaba— desde dos puntos de vista, estrechamente asociados: el de la historia política de imperios y pueblos, y el de las ideas o nociones que figuran en las relaciones internacionales como leitmotiv o supuestos... El aspecto más importante del libro lo constituye, a nuestro juicio, el tratamiento de las ideas, representaciones y sentimientos bizantinos que intervienen en las relaciones internacionales con la Persia Sassánida, con los estados limítrofes aliados (Armenia sobre todo), y con el inmenso conjunto de poblaciones "bárbaras" que presionan desde todos los puntos cardinales... Una línea importante dentro de la elaboración es el de la simbología política. Acudiendo a fuentes narrativas, plásticas y doctrinales, señala cómo los retratos imperiales, las insignias del poder, el ceremonial de

recepción de las embajadas, etc., se prestan para toda clase de transferencias afectivas, místicas y religiosas, que colorean la noción de imperio". Esta última línea la profundizó posteriormente el autor en otros trabajos, como "Aproximación a la idea imperial bizantina" (1985), "Simbología política del poder imperial en Bizancio: los pendientes de las coronas" (1996) y, finalmente, "Fiestas imperiales en Constantinopla" (1997).

En cuanto a la historia del arte, cabe destacar el extenso artículo titulado "Orígenes del arte Bizantino. Ensayo sobre la formación del Arte Cristiano" (1985), acabado estudio que mereció elogiosos comentarios de Ricardo Krebs Wilckens, quien pronunciara el discurso de Recepción del profesor Herrera a la Academia Chilena de la Historia, señalando que "es una verdadera joya de nuestra literatura histórica... un estudio profundo y hermoso. Descansa sobre una sólida erudición, pero no se pierde en el detalle, sino que es interpretación, gracias a la cual los fenómenos estudiados revelan su verdad".

En dicho trabajo don Héctor Herrera estudia los cambios que se suscitaron a fines del mundo antiguo, entre los siglos III y VI d.C., en el escenario artístico del Mediterráneo. Para el autor, el fin de la antigüedad y el comienzo de la Edad Media —y en esto se reconocía deudor de la tesis de Franz Altheim— sólo puede comprenderse desde una perspectiva universal, como un proceso que afectó a todo el viejo continente y durante el cual circularon influencias culturales de un extremo a otro, recibiendo el *Mare Nostrum* una poderosa influencia del oriente. Tal como enseñaba en sus clases, la historia de Europa Medieval no puede entenderse sin considerar la realidad extraeuropea y su influencia cultural. En este estudio don Héctor Herrera se mueve con soltura entre la Persia Aqueménida y la Sasánida, entre la Grecia clásica y el primer esplendor bizantino; avanza con comodidad desde las riberas del Indo para hablarnos de los budas apolíneos, hasta la lejana Irlanda para explicarnos cómo los megalitos llegaron a transformarse en cruces monumentales.

Destacan además dos cosas en este ensayo: por una parte la profundidad y solidez conceptual y, por otra, la impresionante riqueza de las referencias iconográficas que maneja el

autor. Todo ello le permite llevarnos con algún motivo artístico desde el antiguo próximo oriente hasta bien entrada la Edad Media, como en el caso de “un motivo decorativo que probablemente del tejido ha pasado al estuco, al mármol y al mosaico; se trata de círculos superpuestos que se cortan en los puntos de los diámetros cruzados, dejando en el centro de cada círculo un botón, y formando conjuntos de cuatro pétalos”, que se encuentra desde el mundo iráneo hasta la Europa carolingia.

En trabajos posteriores, el Prof. Herrera Cajas profundizó algunas de las ideas expresadas en el dicho artículo, especialmente el rol los pueblos del Oriente, Persia y los pueblos de las estepas, en la formación del arte cristiano ("Los pueblos de las estepas y la formación del arte bizantino: de la tienda a la iglesia cristiana", 1990). El mérito de Herrera Cajas es el de observar la Historia de Bizancio desde una perspectiva universal, pues, como él señala, la Historia no se puede concebir de otra manera, de allí, pues, el interés en indagar sobre las influencias culturales de otros pueblos o imperios.

La verdad es que estamos frente a un trabajo que don Héctor Herrera apreciaba especialmente, tanto que no se incluyó en su libro póstumo *Dimensiones de la Cultura Bizantina* (Santiago, 1998), pues él mismo había manifestado entre 1996 y 1997 su interés en reeditarlo con ampliaciones y en forma de libro, el cual prontamente verá la luz con el apoyo del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Durante muchos años don Héctor fue recopilando referencias bibliográficas y pequeñas notas que, llegado el momento, enriquecerían el texto y el ya abultado aparato crítico. Junto a Amelia Herrera y Paola Corti tuve la oportunidad de trabajar intensamente para que este proyecto editorial se concrete —Dios mediante— durante el año 2008. Será un tributo más a la memoria del maestro.

Hace ya un par de décadas, cuando comenzaba mis estudios de Historia Medieval en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, leí por primera vez este estudio acerca de los orígenes del arte bizantino, descubriendo entonces todo un mundo que se abría ante

mis ojos, y releerlo ha significado una experiencia notable, tanto en el plano intelectual como en el emocional. Y en ambas dimensiones puedo constatar la enorme deuda que tengo con el profesor Héctor Herrera. Cuando mis alumnos lean el libro, si es que no han leído ya la edición original, constatarán cuánto de mis clases y de mis visiones históricas descansan en él y, por lo tanto, cuánto de mi formación académica se remite a la figura del profesor Herrera.

Un ejercicio interesante es revisar las referencias y citas de los libros y artículos de Héctor Herrera, pues permite constatar su enorme cultura bibliográfica. Su rica biblioteca —siempre abierta a sus alumnos y discípulos— da cuenta de ello; allí abundan obras generales junto a otras muy específicas, reflejando sus grandes intereses: teoría de la historia, historia Antigua y Medieval y, por cierto, una rica sección dedicada a la bizantinística, que incluye tanto fuentes como grandes clásicos de la disciplina. Héctor Herrera sabía integrar sus variadas lecturas en sus artículos, de modo que un obra sobre China antigua podía luego ser útil al estudiar la influencia del mundo estepárico en la historia del Viejo Mundo, o bien un estudio acerca de la fiesta en el Chile colonial le podía sugerir ideas al momento de investigar sobre las fiestas imperiales en el mundo bizantino.

Si calificáramos a Héctor Herrera como un *especialista* seguramente no le gustaría, pues aquél se podría definir como *alguien que sabe cada vez más de menos cosas...* Pero tampoco Herrera fue un generalista —*alguien que sabe poco de muchas cosas*—, sino más bien tenemos que pensar en un hombre *culto*, que saboreaba el saber, que se gozaba en el estudio entendido como *dedicación*, perspicaz para ver aquello que al neófito le está vedado, pero al mismo tiempo dotado de amorosa aplicación para hacerlo ver a otros, nunca mezquino con sus conocimientos.

* * *

Son varias las instituciones de Educación Superior que tuvieron a Héctor Herrera como profesor, y a diez años de que nos dejara para ir al encuentro del Padre, se le rindieron pues diversos y merecidos homenajes. En el Instituto de Historia de la P. U. Católica de Valparaíso, institución a la que se sentía especialmente ligado —verdaderamente *su casa*— una sala de clases lleva su nombre, es *su sala*, donde tantas clases le escuchamos, porque para él las lecciones nunca fueron rutina sino tarea creativa y educadora. Héctor Herrera vivía intensamente la docencia y, si bien nunca dio en el pregrado un curso de bizantinística, los temas que más arriba hemos reseñado, él los volcaba en sus lecciones, de modo que el estudiante podía percibir no sólo su calidad de profesor y maestro, sino también percibir su genio como investigador y abrirse a mundos desconocidos y a un campo del conocimiento en el que rara vez se incursiona en los cursos de historia Medieval en Chile. Bien podemos afirmar que antes de sus publicaciones y de sus clases, la bizantinística no existía en nuestro país.

* * *

Por último, permítasenos decir que la figura de don Héctor Herrera Cajas nos permite recordar que es posible una Universidad como la que él vivía, donde lo primero que se valora es el trabajo intelectual serio y dedicado, y donde verdaderamente existe dignidad académica. A pesar de todo, a pesar del pragmatismo que reduce hoy en día todo a pura gestión y a índices que no siempre reflejan calidad, a pesar de la miopía funcionaria y del papeleo irrelevante que nos aplasta, o los cuadros estadísticos resultado de las encuestas, a pesar de acreditaciones que tienden a transformarnos en funcionarios dóciles y serviles de intereses ajenos a la vida académica, a pesar de todo eso, digo, es preciso evocar esa otra Universidad que alcanzamos a vislumbrar gracias al privilegio de haber conocido, como profesor, maestro y amigo, a don Héctor Herrera Cajas.

Noviembre de 2007